

EL HOMBRE Y EL TRABAJO: UNA REFLEXION EN TORNO AL DESEMPLEO

por ALEJANDRO LLANO*

La única salida posible al malestar social y cultural contemporáneo es considerar, en primer lugar, al hombre que trabaja: para dignificar el trabajo, es preciso redescubrir al trabajador y saber que el hombre es siempre más que lo que produce.

Terminaba el siglo XIX cuando, psicópata y blasfemo, Federico Nietzsche lanzó su grito aterrador: “Dios ha muerto”. Parecía como si el orden de algunos valores hubiera dejado de tener vigencia y ahora hubiera que aprender a vivir en las cumbres heladas, donde el hombre se encuentra totalmente solo. El hecho cierto es que quien realmente murió fue Nietzsche y no Dios. La proclamación de la “muerte de Dios” lleva como de la mano a levantar acta de la “muerte del hombre”, presentado como un mito por las ideologías materialistas. Pero, a su vez, estas mismas ideologías se muestran como fantásticas invenciones que no traen más que sometimientos y complicaciones. Resulta, entonces, que también Marx ha muerto. Por eso pudo un cínico resumir toda esa larga serie de luctuosos acontecimientos en una sentencia que no tiene desperdicio: “Dios ha muerto, el hombre ha muerto, Marx ha muerto, y yo mismo no me encuentro demasiado bien”.

La sensación, tan difusa como cierta, de *malestar* social y cultural está ya al alcance de cualquiera. Los habitantes de

*ALEJANDRO LLANO: Doctor en Filosofía y Letras. Catedrático de Metafísica. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra. Autor de Fenómeno y trascendencia en Kant, Metafísica y lenguaje, Ética y política en la Sociedad democrática y El futuro de la libertad.

cualquier ciudad actual, grande o pequeña, aparecen, ante el observador medianamente atento, como una multitud de gente malhumorada, brusca, insatisfecha, que se queja de casi todo y trabaja a disgusto. El trabajo iba a liberar de trabas y dependencias, pero ha deparado nuevas gabelas y servidumbre. Y, además, no hay trabajo para todos. Es el *drama* de la cesantía.

No se puede “desdramatizar” algo tan serio como es el fenómeno social del desempleo. Pero sí poner las cosas en su sitio para comprender lo que está pasando, porque lo dramático no es tanto la cesantía como su causa profunda: la concepción del trabajo; la idea que se ha hecho del trabajo la *modernidad*.

Desde hace unos tres siglos en la humanidad europea ha fraguado una concepción de la vida que reduce y estrecha la variedad de las actividades humanas. Por de pronto, la modernidad rechaza la idea clásica de que la contemplación, la teoría —el simple *mirar* desinteresado— sea la más alta actividad humana. Se priva a la teoría de su posición dominante y arquitectónica, para dejarla reducida a una función problematizadora y crítica, es decir, negativa.

Desde finales del siglo XVIII es un lugar común de la cultura moderna afirmar la primacía de la práctica sobre la teoría. Pero hay más. Porque, al perderse la capacidad de distinción y orientación de la teoría, las diversas actividades prácticas tienden a confundirse entre sí y a reducirse todas ellas a la actividad transformadora del mundo físico: es decir, a la técnica, al trabajo productivo (Hannah Arendt).

Ciertamente, la técnica moderna es uno de los más brillantes hallazgos de la humanidad occidental: ha abierto tantas posibilidades vitales, que sería insensato —además de históricamente imposible— intentar retornar a un bucólico mundo pretecnológico. Pero no habrá que examinar la técnica misma, sino su valoración como un absoluto, porque ese absolutismo de la técnica ha marginado, hasta el olvido, otras capacidades prácticas,

sin las cuales la vida humana se torna miserable en un sentido aún más decisivo.

Sobre todo, hay un olvido práctico de la prudencia, la capacidad de comprender sabiamente las circunstancias concretas de la vida y, como consecuencia, de obrar de un modo éticamente recto. La técnica sin prudencia se convierte en un poder incontrolado, que lo mismo puede ser utilizado para bien o para mal: a favor del hombre o en contra de él.

Dando un paso más, conviene advertir que esta difuminación antropológica, este estrechamiento de lo humano, ha acabado por conducir a un empobrecimiento de la técnica que ha perdido su impulso creativo y su capacidad de resolución de los auténticos problemas sociales. Si se prescinde de la contemplación y de la prudencia, la capacidad humana de fabricación o de gestión se encuentra carente de metas, sin saber a dónde ir. Por eso *se para*.

En vez de ponerse al servicio del decoro del hombre, de su vida digna y buena, el trabajo productivo tiende entonces sólo a mantenerse a sí mismo. Ya no se trata de *vivir bien*, sino sólo de *sobrevivir*. Es decir, de que no se pare el proceso sin fin —sin finalidad— de la producción y del consumo. El consumismo es la otra cara del tecnicismo. No es la producción la que está al servicio del consumo, sino el consumo al servicio de la producción. Por eso los productos son cada vez más efímeros y el cambio de modas y de gustos ha de acelerarse de manera violenta. El ideal del trabajo ya no es la obra bien hecha, que aspira a ser perenne, sino la activación del metabolismo del consumo y la producción.

Al cabo, resulta que el progreso sin fin que propugna la modernidad tiene una consecuencia entrópica. Al carecer de valoraciones que permitieran su optimización, ha perdido calidad energética, se ha degradado. Y produce, de manera creciente, efectos secundarios negativos y casi incontrolables. Entre ellos se

encuentra, sin duda, el fenómeno social del desempleo, que no es sino un efecto de *marginación* generado por un proceso unilateral poco flexible y carente de finalidad.

La salida a la situación de tedio y malestar, de “paro antropológico”, no puede venir por el camino de intensificar los errores o combinar de modo más ingenioso las carencias. Se trata de levantar la vista, de ampliar el horizonte, de recuperar la riqueza perdida del hombre que trabaja. No es el trabajo el que hace al hombre, como pretenden los marxismos y pragmatismos de diverso linaje. Es el hombre el que perfecciona al mundo y se perfecciona a sí mismo a través del trabajo de sus manos y de su inteligencia. El hombre es siempre más que sus productos: no se agota en ellos, da siempre mucho más de sí (Polo).

El hombre tiene, en sí mismo, una inagotable fuente de innovación creadora. Porque no está sometido a la cadencia fatal de un principio de inercia. Porque su espíritu es siempre novedad radical.

Para dignificar y dinamizar el trabajo, es preciso redescubrir al trabajador. Es lo que Juan Pablo II ha propuesto en su encíclica *Laborem exercens*, en la que supera magníficamente ese objetivismo o cosismo chato de la concepción economicista de la producción, para abrirse a la dimensión subjetiva del trabajo. Lo dice así: *“El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. Es cierto que el hombre mismo está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo. Todo trabajo se mide sobre todo con la medida de la dignidad del sujeto mismo del trabajo, o sea, de la persona, del hombre que lo realiza. La finalidad del trabajo es siempre el hombre mismo”*.

El trabajo humano así entendido adquiere toda su amplitud y dignidad. Lejos de excluir el saber ético, la prudencia, lo exige como un elemento integrante. En vez de contraponerse a la contemplación, se abre a ella. Desde esta perspectiva, ya no se

entiende al trabajador como simple *fuerza de trabajo*, como un módulo funcional e intercambiable, sino como una persona irrepetible, como un *perfeccionador perfeccionable* (Polo). Ni se mira a la realidad externa como un amorfo *material de trabajo*, sino como un mundo ordenado por Dios, cuya labor creadora el hombre debe completar. La cultura del trabajo ha de ser una *cultura de vida* (Juan Pablo II).

Así se vuelve a recuperar la variedad y riqueza antropológica de las actividades humanas, que la modernidad redujo y empobreció. Se gana altura y, con ella, calidad energética. En esa energía superior —la fuerza creativa de la libertad, la capacidad innovadora de la inteligencia, el espíritu de emprenderse— encuentra el motor que ha de impulsar lo que está parado.

Aunque sea de manera empírica y vacilante, un asomo de esta recuperación espiritual aparece en los países que están saliendo del atolladero. Mientras que —con excepciones notables— la cansada Europa se agota en un egoísmo sin salida, un viento de esperanza llega de América del Norte y del Pacífico, con la libertad de mercado y la reconversión tecnológica. Pero también con el estallido de cultura y de responsabilidad social que sorprende actualmente al que visita los Estados Unidos. En las universidades florece de nuevo el estudio de las humanidades. Grupos de jóvenes y de mayores visitan a todos los habitantes de una ciudad, casa por casa, para difundir la firmeza en la defensa de la vida. Detrás de economistas y de políticos se encuentra una rica variedad de movimientos cívicos, de grupos de pensamiento, de publicaciones renovadoras. Y los japoneses dan un ejemplo de sobriedad y respeto a sus tradiciones éticas; y se colocan al frente de las investigaciones históricas, filosóficas y literarias.

Aquí y ahora debe preocupar sobre todo esa infraestructura ética y cultural, que es como la tierra fecunda de la que surge todo empeño dinamizador. La libertad es indivisible: no cabe esperar que florezca la libertad económica en un clima de manipulación mental consentida. El espíritu de emprender no puede

surgir —y menos ahora— del Boletín Oficial del Estado. Es un dinamismo ascendente que brota del optimismo vital, del gozo de actuar, del entusiasmo por los grandes valores, del inconformismo y, en definitiva, de la vida del espíritu.

El pragmatismo a ultranza es muy poco práctico: *el funcionalismo no funciona*. Eso es lo que está advirtiendo ahora ese amplio e interesante movimiento de *crítica a la modernidad*. Conservar, a las puertas del siglo XXI, el “primitivismo” ideológico del siglo XVIII es muy poco moderno. No compensa seguir manteniendo ese empobrecimiento del sentido del trabajo que realmente está conduciendo a un empobrecimiento ya no metafórico, al empobrecimiento sin más, a la recesión.

Lo que hoy se llama —dejando aparte lo frívolo y lo pintoresco— *postmodernidad* refleja ese talante que ya propuso Ortega en uno de sus lúcidos ensayos: *nada moderno y muy siglo XX*. La postmodernidad —tomada en serio y por su lado bueno— es un interesantísimo intento de superar las insuficiencias y la rigidez del modo “moderno” de pensar y de trabajar, que ofrece síntomas patentes de agotamiento: ya no da más de sí.

Hay —entre otros— cuatro principios que, a mi juicio, configuran lo que podríamos llamar “nueva sensibilidad” o “sensibilidad postmoderna”. Se trata de una mutación cultural que tiene su núcleo precisamente en una nueva concepción del trabajo.

Principio de integralidad. Frente a la reducción moderna del trabajo humano a su dimensión tecnológica y a su estricta funcionalidad económica, la *nueva sensibilidad* pretende abrirse a la amplitud integral de las diversas facetas y perspectivas de la vida humana. No se agota el hombre en la fría objetividad de lo mensurable, sino que es capaz de gozar de todos esos aspectos de la existencia que no dependen del proceso de la producción. Edmund Burke llamaba a eso “la no comprada gracia de la vida”. Además de la eficacia, está la ternura: más allá del cumplimiento de objetivos, se halla la creatividad; uno puede escribir informes,

pero también le cabe leer cuentos. El hombre es una realidad compleja y unitaria, que no hay que permitir que se astille en actividades dispersas. Cuando el hombre trabaja, no sólo está contribuyendo al PIB o incidiendo en la cuenta de resultados, sino que está manteniendo a su familia, está sirviendo a la patria, cumple un mandato divino, se perfecciona a sí mismo, ayuda a los demás, y, a lo mejor, hasta consigue divertirse.

Al recuperar la unidad perdida, el trabajo productivo abandona su pretensión de exclusividad y el fenómeno de desempleo pierde mucho de su crispado dramatismo. Porque el trabajo productivo no es la única —ni la más importante— actividad del hombre. No es un fin, sino un medio. El que piensa así, nunca está parado, y —de alguna manera— siempre lo está (Polo): porque no se vierte sin residuos a su labor, sino que mantiene siempre un reducto de intimidad: una vida propia que no está en función exclusiva del reconocimiento social. Compra y vende, pero él mismo no está en venta: “Tiene su alma en su almarío”. Se guarda para entregarse: *vive* (en la más plena acepción de la palabra).

Principio de gradualidad. La mentalidad moderna desconoce la optimización valorativa, pero apuesta drásticamente por la maximización cuantitativa. La modernidad es implacable. Por eso deja tantos cadáveres en la cuneta: los de todos aquellos que no han sido capaces de mantener ese desenfreno que lleva muy de prisa hacia ninguna parte.

En cambio, la “nueva sensibilidad” es capaz de reconocer la variedad de los talentos humanos. No todos servimos para lo mismo, pero todos servimos para algo. El racismo intelectual que muchos propugnan ahora es, además de pedante y antipático, profundamente inhumano. No todos tienen por qué estar en la vanguardia. Porque, además, pensándolo bien, ¿dónde está la vanguardia? ¿Qué es más importante y requiere más talento, el trabajo de un ingeniero aeroespacial o el de una ama de casa?

Se trata de reivindicar el valor de lo intermedio, dar una oportunidad a la gente corriente, que —gracias a Dios— somos la mayoría. Frente al cosmopolitismo tecnológico que pretende uniformizarlo todo, conferir a todo la funcional asepsia de un aeropuerto internacional, aparece la eficacia de valorar lo propio y específico, lo local, lo autóctono. Las técnicas intermedias se adecuan mejor a las necesidades y posibilidades del entorno, son más comprensibles, más limpias y más rentables. Y son precisamente los recursos de la tecnología informática los que podrían permitir una programación social más diversificada e inteligente, más atenta a las diferencias, más abierta y flexible.

Principio de complementariedad. Dicen los historiadores de la filosofía que el pensamiento moderno surge cuando los europeos se inclinan a creer que el ser es unívoco, y se olvidan de aquella grandiosa sentencia de Aristóteles: “El ser se dice de muchas maneras”. El viejo Aristóteles sigue teniendo razón.

Las cosas son de muchas maneras. El ser no es unívoco, sino complementario. La realidad es plural y armónica, no está hecha de un solo tejido ni es unidimensional. Frente a la estrategia del conflicto, que proviene de pretensiones de exclusividad, se está abriendo camino otro modo de pensar, que afirma la “composibilidad de las diferencias”. La mayor parte de las posibilidades no son mutuamente excluyentes, sino que son composibles, *complementarias*. Y esto vale especialmente para el hombre y para los asuntos humanos. En estos asuntos, lo cortés no quita lo valiente; la eficacia no está reñida con la misericordia; lo grande no excluye lo pequeño. Y ¡lo pequeño es hermoso! (Schumacher).

La nueva sensibilidad está redescubriendo el sentido de lo cualitativo, el valor del detalle y del matiz. Se da cuenta nuevamente de que, además de hacer las cosas, es importante hacerlas bien, con *cuidado*, con *respeto*, amorosamente. Esto es algo que entienden mejor las mujeres que los varones. De ahí que el feminismo verdaderamente interesante no sea precisamente el convencional y contradictorio, que pretende asimilar la mujer al

varón, trivializando la diferenciación sexual, sino aquel otro que propugna el devolver vigencia a esos valores entrañables y cualitativos, para los que la mujer tiene una especial capacidad (Ballesteros).

Síntoma de esta reivindicación de *lo complementario* es el extraordinario desarrollo del sector *servicios*, característico de la sociedad postindustrial. Pero hay que descubrir qué significa, en realidad, *servicio*. No es una prestación anónima y estereotipada, sino la ayuda a una persona de carne y hueso, con nombre y con rostro. No es una cosa que alguien da a alguien, sino una persona que se entrega de algún modo a otra. ¿Cómo se ampliaría el panorama del trabajo social si se considerara que trabajar es, ante todo, *servir*? Y, en un terreno más inmediato, no conviene olvidar que el ochenta por ciento de esos millones de nuevos puestos de trabajo de los Estados Unidos han sido creados en empresas *pequeñas*.

Principio de solidaridad. A pesar de todo, los actuales rectores de la vida social siguen pensando que el unguento amarillo que cura todos los males se esconde detrás de esta palabra mágica: modernización. Con ella torturarán todos los oídos dentro de muy poco.

Es un excelente lema, si por *modernización* se entiende racionalización, rigor, fomento de la investigación, exactitud en el trabajo, agilización de la administración, mejora de las prestaciones sociales...

Pero no es ése el sentido que realmente le dan. Aunque no lo sepan quienes la usan, la palabreja significa otra cosa. Apunta a un tipo de sociedad de irresponsabilidad ilimitada, de pasivismo conformista, de permisivismo desbocado. Esta *modernización salvaje* consagra cínicamente la insolidaridad como principio. A quien conozca las raíces ideológicas del socialismo no le causará sorpresa que el colectivismo sea compatible con el individualismo.

Frente a este estatalismo permisivo, que compagina malamente el individualismo lúdico con la creciente burocratización, se impone descubrir el nuevo sentido de la solidaridad, un término que significa hoy la lucha contra la *marginación*, capacidad de acoger de nuevo a los que han quedado fuera de un dinamismo social demasiado estrecho y rígido.

El desempleo es, desde luego, una notoria forma de marginación social. Superarlo supone poner en marcha nuevas formas, más flexibles, de inserción en la dinámica social. Hay que aprender a trabajar en común, enseñar a trabajar solidariamente. La superación de la cesantía es, ante todo, un reto ético y cultural.

La dinamización del trabajo social no puede lograrse a base de desencadenar procesos mecánicos de colectivización, ni al dejar todo a la ley de la selva de una competencia cada vez más dura, en la que sólo subsiste el más fuerte o el más astuto. Los caminos de la insolidaridad no conducen a ninguna parte. El verdadero motor está en lo que Tocqueville llamaba “el estado moral e intelectual de un pueblo”; en la capacidad de acordar inteligencias y concertar libertades. Como también decía Edmund Burke “cuando los hombres actúan concertadamente, su libertad es poder”. En cambio, el aislamiento, la incomunicación son una puerta abierta al totalitarismo, que equivale a la marginación de la entera sociedad civil.

He aquí de manera precipitada y casi impresionista algunas posibles respuestas a la gran cuestión del hombre de nuestro tiempo, que es la pregunta acerca de la esperanza: ¿cabe aún esperar en la inteligencia y la libertad del hombre?

A los que damos una respuesta decididamente positiva, a los que creemos que el hombre aún es capaz de superar una *cultura de muerte* y abrirse a una *cultura de vida*, se nos suele tachar de utópicos. Las utopías pragmáticas o ideológicas prometen cambios inmediatos sin esfuerzo personal, porque pretenden

haber descubierto las fórmulas funcionales de la mecánica social o las leyes necesarias de la historia. En cambio, el que opta por atenerse a la verdad sobre el hombre no promete nada. Sólo puede alzar su tenue voz de hombre, con la segura esperanza de que los afanes de quienes trabajan lealmente en las incertidumbres del tiempo humano encontrarán una respuesta cumplida en el Señor de la historia, el que no puede fallar.